

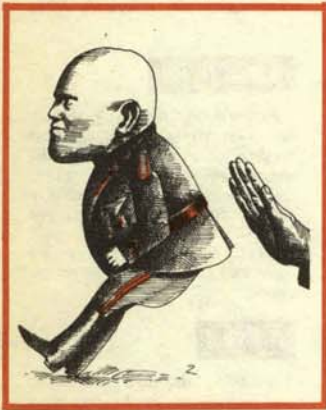
ESPAÑA DE PARTE A PARTE

RESUMEN DE LO PUBLICADO: «Ese hombre nefasto llamado J. J. Rousseau»



1943

Mientras el piojo verde, la tuberculosis, la ladilla y la anemia hacen su obra, que hay que ver cómo nos dejaron, sobre todo a algunos, en Madrid, se inauguran las cafeterías, puro estilo yanqui, coincidiendo con que a los alemanes les empiezan a dar para el pelo y el Gran Consejo Fascista se carga al fachendoso de Benito Mussolini, y ya lo de potencias del Eje se dice con menos énfasis que un año antes, vaya por Dios. Las exóticas cafeterías olían, más que nada por el personal, a Sulfurato Caballero, a Blencol, entre otras pomadas ignominiosas para aliviarse de los fervores solitarios de «El séptimo cielo», que era de Claudette Colbert, e incluso de «La blanca Paloma», que cantaba Juanita Reina, maja y condesa, ole catapum. No, que



eso era Imperio Argentina. Pero uno, más científico, que ya se le veía venir a uno, se complacía más con «Rebeca», de la Joan Fontaine, o con «Luz de gas», que era una película como sádica. Pero lo más aparente de todo era el agfacolor, con lo de «Las cuatro plumas», y las películas alemanas de la Ufa, que cuando salían las macizas de la Marika Rokk o de la Cristina Soederbaum, uno se masturbaba en agfacolor, y angelitos al cielo. Pero, claro, el humo de los muertos, de la especie de los muertos, iba por debajo de tanto desenfreno subrepticio, y todo aquel panorama imperial era triste, porque había algo cruel y engañoso en el ambiente, no sólo la miseria civil, por muchos platos combinados que sirviesen a dieciséis pesetas, que desde luego era un dineral, y aunque Pepin Fernández inaugurase las Galerías Preciados, y se casasen Luis Peña y Luchy

Soto, que nos consoló de que Alfredo Mayo y Amparito Rivelles rompieran sus relaciones, lo que no estaba muy acorde con la imperativa realidad del imperio del espíritu, o sea, los altos fines del Movimiento. Y uno llegaba tarde a casa y a echarse Sarnical para poder dormir, pero no soñar, que estaba prohibido.

Pero lo más trascendental de todo, o lo que es lo mismo, lo más suciamente totalitario y funerario, fue la institución del albornoz para las playas y los bañadores completos. Yo ahora lo pienso (así cualquiera, como decía el otro) y me doy cuenta de que seguramente se daba la vuelta al erotismo para gozarlo por atrás, una especie de sensualidad escorialense, de mortuorio frenesi sexual. La rigidez y la castidad, forzadas o no, son elementos de un placer que jamás conocerán los alegres muchachos desnudos de nuestro tiempo. ¿No nacería de esto aquella histérica y sórdida pasión por los albornoces, con los que la gente tenía que ir justo hasta la orilla del mar? Como nadie podía tomar el sol la gente se echaba encima Visnú, que decían que ponía morena la piel, pero si eras rebelde y enseñabas un hombro venían los guardias de la playa, que eran muy rectos, y te cascaban dos pesetas de multa, por delito de obscenidad. El imperio estaba en todo. De modo y manera que sacó un bando por el que no se permitían los juegos sin el albornoz. Y añadía el bando, para que no hubiese duda: «puesto».

Y a todo esto andábamos en el «affaire» de «La blanca doble», que en Las Palmas unas gilipollas de Acción Católica se ponían junto a la taquilla y cuando alguien, fuese hombre, mujer o bicho, sacaban la entrada, gritábanle: «¡Un padrenuestro por el alma de este peca-



dor!» Y estaba también el asunto de los toros, que entonces salieron Pepote Bienvenida y Domingo Dominguín, que gracias a ellos, escribía Giraldillo, que muchos años después, ya de viejo, fue amigo mío, «hemos visto matar bien». Resabios de prosista bélico, pienso yo, o inconsciencia traslaticia, freudianismo, quién sabe. Pero, en fin, la gente iba saliendo adelante con la cosa del bolero y con las vocalistas, que fue un sarampión lo de las vocalistas, como ahora lo de las tetas al aire, y allí había que ver y oír, porque lamer no te dejaban, a la Rina Celi, que tenía un nombre casi blasfematorio y el imperio sin enterarse. Y Lolita Garrido, y Mari Merche, que cantaba lo de «Solamente una vez» (en el cuarenta y tres se conformaban con poco, los pobres), y Venancio, y Panizo, ¡ay!, no, que éstos eran del fútbol. No me quería dejar atrás a Jorge Sepúlveda, desempolvado últimamente, con lo de «Mirando al mar» y «Monísima», una cosa mala el desgarrar que causaba en los corazones. Por entonces salió una canción de Gloria

Lasso, que era «La televisión pronto llegará», lo que desgraciadamente resultó profético, y eso que no decía nada del telediario, ni del tío que convierte el plomo en oro, ni de Iñigo con lo de toda la verdad y nada más que la verdad. En fin.

La moral del imperio prohibió también entrar en la iglesia con manga corta a las mujeres, con lo que en verano llevaban unos manguitos de quita y pon, y las mantillas también, y que no faltaran las medias, se fijaban en todo los curas de entonces, pero como era obligación sacrosanta, ellos tan contentos. Y mientras tanto, el humo de la especie de los muertos venga a atufarnos por debajo del alma, por más que Arias Salgado, que ya andaba por las vicesecretarías, nos es-



tuviese preparando el cielo, como suele decirse, a mayor abundamiento. Y eso que a uno ya le daba mil patadas en la barriga el «Flechas y Pelayos», con las tonterías de Cubillo, y no digamos lo de Roberto Alcázar y Pedrín, que llevaba una estaca como los ultras de ahora, y se cargaban estafadores y villanos que, además, eran rojos, con lo que el espíritu se mantenía en pie, que era de lo que se trataba.

Para acabar de fastidiarla, el señor Demetrio Carceller, que era ministro de Comercio, dice que aquel año de 1943 «es un año ganado para la supervivencia, pero perdido para el desarrollo». Sin contar los muertos de hambre, tendría que haber añadido. La supervivencia... Era difícil sobrevivir entonces. Sólo quienes hayan vivido aquellos años, que cada vez son menos, menos personas, no menos años, saben lo que es la amargura real en medio de la gloria irreal. Como dijo el conde de Jordana hablando de la guerra mundial, pero cuando ya perdían los alemanes: «Hemos mantenido la paz con dignidad y prestigio.» Vaya capricho, después de una guerra civil. ■ DON BENITO EL GARBANCERO

